

EL MAR DE CHILE

Si debiésemos componer una antología de Chile, no utilizaríamos las páginas de su literatura, sino que las hermosísimas hojas del mar que lo acaricia: nuestro mar de resonancia y heroísmo, donde el caracol de las mitologías y leyendas canta su inmarchitable tentación de lejanías.

El mar de Chile es el arca sagrada de la patria; las aventuras se desplazan en la fragancia y el yodo, en la gracia y el color de sus riquezas, verdaderas joyas de la vida. Y si faltase a este amor un argumento máximo de honra, bastaría que cogiésemos de ese mar tumultuoso de pasión libertaria, que es nuestro Himno Nacional, estas claras palabras de ternura y profecía:

“...y ese mar que tranquilo te baña, te promete un futuro esplendor”.

Porque lo magnífico de nuestra Patria no aletea por sus aires: ondula, salta y retumba en sus aguas. Esto lo sabemos de muchacho. Nuestras madres nos vistieron de marineros, no por vano adorno pueril de maternidad: nos vistieron, así, pues comprendían que sólo con estampa de navegante se doblega al destino; con su azul conjuga mejor el corazón del chileno, a quien, si mirásemos sus fondos, con Rayos X de Sentimiento, descubriríamos un delicioso crucero de navíos desvelados, yendo de Norte a Sur de nuestra sangre.

El mar es para los chilenos la primera sugestión del horizonte. Apenas somos capaces de asomarnos a la gran ventana de vértigos de la vida, el mar nos quema el pecho y nos signa con su sal de ventura, aventura y desventura.

Los puertos chilenos fueron alzados por soñadores que les trazaron con secreto ritmo de barco, Y si del agua sal-

Por

Andrés SABELLA

tásemos a la piedra desértica, ¿por qué no aceptar que allá no somos sino marinos que surcamos el océano dormido de la pampa...?

La vida nacional se enriquece en nuestro mar. La fabla popular es oceánica. Oreste Plath ha oído, sagazmente, este constante juego de alusiones marítimas que maneja nuestro pueblo. Para ser "roto" cabal, hay que ser primeramente, "muy navegao"; y en el amor, la primera maniobra es la de "atracar el bote". En Chile, su mar creó otro Chile. Lo marinerero posee tradición y jerarquía. "Bailar a lo marinerero" resulta gala viril. "La cueca marinera" exige más garbo, una especie de tromba en el corazón. Y quien cumple su Servicio Militar en buque y no en el cuartel, ¡es dos veces chileno! La primera por nacimiento; y la segunda, la más importante, por satisfacer este deber en cubierta de barco de guerra. Sin embargo, a los soldados, el pueblo les reconoce, pintorescamente, con metáfora marítima: "congrios". Y "congrios" fueron los vulgarísimos billetes de cien pesos...

En las cubiertas de nuestros barcos de guerra, lavadas con sangre gloriosa y astuta, ángeles heroicos cosen alas a la planta de nuestros jóvenes "managuás". Quien "anduvo embarcado" guardará, sin merma, un hálito celeste, de evadido de la tierra y de emparentado al embrujo de las distancias. Cuando, en tierra firme, pretendemos acentuar la magnitud de alguna empresa, recurrimos al verbo decisivo y expresamos, sencillamente:

Me acabo de "embarcar" en una aventura.

En la esquina de la infancia, oímos cantar, una vez, a cierto ciego ladino, esta cuarteta con cuatro puntas de fuego:

"Si el mar es cama tremenda,
lleva al mar a la mujer,
y en la cama da a tu prenda
todo el mar de tu querer".

Dijimos: "infancia", y tiemblan allí, tardes inolvidables: aquella en que nos aceptaron cadetes de la Escuela Naval, poblándonos el cuerpo de doradas estrellas marineras. Y brilla una memoria profunda: esa en que, en la penumbra de una silenciosa taberna antofagastina, nos tatuaron una hélice de cuatro aspas en el brazo resuelto, única flor en nues-

tro pasar y en nuestro pesar de hombre extendido a la medida de todos los adioses. Después, brota la tarde romántica que nos condujo a las bancadas ideales de la Hermandad de la Costa, ungiéndonos Hermanos, el 528, de la dotación que profesa estos versos de Charles Baudelaire:

"Ahora y siempre, hombre libre,
adorarás el mar:

él es tu espejo: miras la imagen de tí mismo

en el desenvolverse del agua sin cesar:
como su abismo amargo es amargo
tu abismo".

¿Qué juguete más bello disfrutaban los niños chilenos que el mar de sus costas? "Mariscar", pescar, el simple "playear", son placeres que los infantes de tierra adentro ignorarán, absolutamente, en su estupenda simplicidad de faena primitiva y creadora. De estos solaces brota el enloquecimiento de rutas que el niño de las costas conserva, como una marca de arenas, durante el transcurso íntegro de sus días. El primer baño de mar que disfrutamos nos bautiza más que el óleo. A Jesús lo bautizaron en un río. Los ríos son los correos que el mar distribuye por la Tierra, para conocer qué estrategias y qué secretos hinchan su cabeza de piedras y musgos.

Nuestro mar nos adoctrina en masculinidad. Si los jugadores de poesía dudan llamarlo: el Mar, o la Mar, nosotros no vacilamos: el Mar es el Mar, criatura varón, caja de abundancias y símbolo de largueza. Al enunciar una pluralidad respetable, nos acogemos a una figura suya: el pueblo ansía "un mar" de cosas. Y de los mares, el mar de Chile guarda la entera categoría de padre; es mar que engendra cauces de plenitud:

"...debemos reconocerlo, y pese a lo dicho, Chile consigue triunfar en el mar. El peso muerto terrestre no logra oscurecer la Estrella Solitaria; aunque ésta, al asentarse sobre el azul de nuestra bandera, no nos haya dicho muy claro si ese color es el del cielo terreno que azulea en lo alto, o el otro azul más profundo que se refleja en el mar" (*).

(*) Benjamín Subercaseaux, "Tierra de Océano", (1946), página 549 "Ereilla".

¿Cuántos mares caben en el Mar de Chile? Espejo vivísimo y vívido, transparente, en sus distintas faces, el lar que tutela. Y triunfan el Mar de Chile y sus mares.

El Mar de Arica custodia la puerta de la Patria. Ahí, la sombra del Morro se derrama, como copa de altitudes, sobre las olas de rotundo discurso. Sus gaviotas blanquean la atmósfera del puerto.

Su hermano el Mar de Iquique, resume el largo Mar de Chile. Es el mar matriz. Si nuestra Armada, si nuestros marinos, lucen erguida osamenta moral, es por el sacrificio fecundo de Arturo Prat. Debieran ser rojas estas aguas. Y, sin embargo, hay pocas de tanta azulinidad.

Por el Mar de Iquique aprendimos no solamente a saltar al abordaje de la fatalidad. También, en él —y por boca de Prat— aprendimos la más profunda lección de civismo sembrada en nuestra historia, la que, si medimos con criterio de gobernante, fulge como la huella capital del 21 de mayo de 1879. Estalla en la pregunta decisiva, conciente y patriótica que el comandante de la "Esmeralda" formula a Carlos Condell: "¿Ha almorzado la gente?".

¡Esta lección de lecciones debía acontecer en el mar! ¡Lección vibrante y fertilizadora! En ella, se yergue la más lúcida efigie del héroe que lo demuestra sabio en el mecanismo de la guerra y del gobierno: ¡marinos hambreados no habrían resistido, el agua al cuello y combatiendo, con asombro de las épicas! Y de estas cuatro palabras: "¿Ha almorzado la gente?", nos manará, sin mengua, la buena doctrina del mando. ¿Por qué no pensamos, asimismo, en las cuatro tablas restauradoras que bendijera O'Higgins, al echarse al mar la Escuadra Libertadora? Para ganar la batalla de la existencia feliz, el pueblo debe palpitar satisfecho, comido, henchido de "ñeques", porque la "pana" es el manantial interminable de su entraña.

Y, ¿qué comer...?

Lo que generoso, copioso y vitalmente ofrece nuestro mar: el congrio, fino y ágil, como relámpago de sangre; los pejerreyes, que simulan cegadores puñales de asalto; el choro nutricio, mañanero y picaresco; las cholgas, con sus bigotillos de duendes de bahía; la centolla que, al pronunciarse, evoca una estrella de sa-

vias submarinas; las lenguas de erizo que nos conceden "argumentos" decisivos en el comercio del Paraíso; la albacora de sedosa pulpa de mujer sanota y materna, a la que, mañosamente, "pasan", como pez-aguja, propio de sastres; el "pan de luche", popular y económico, puño de titán de las mareas; el cochayuyo bienhechor, yodado y mágico, salvavidas de los hipertiroideos; el cochayuyo que en el campo se utiliza, en abril, como "contra" eficaz para evitar las "heladas"; las lapas, florecillas dormidas en las rocas; ¡y los "locos"... hermanos de los pobres locos que poblamos esta tierra y que nos comemos, ciegos, a nosotros mismos, sin cultivar ni la claridad, ni la amistad, ni la alegría!

El Mar de Antofagasta fue saludado por don Augusto D'Halmar, lo declaró el calidoscopio más fascinante que él conociera en veintisiete años de vagabundear por el mundo. ¿Cabe elogio mayor? En nuestras mocedades líricas, aseguramos que aquí flotaba solitaria la brújula de Simbad. Pero hoy, envejeciendo, juzgamos que a tal gloria opondríamos, gustosos, un plato succulento de tomyos, un puré de jaibas, o un chupín de pejesapos, cuya mirada nos sugirió siempre la de un poeta condenado a muerte.

Las sales, secretamente, vivifican el cromatismo de estos mares del Norte. Y cuando surgen los de Taltal, Caldera, de Chañaral y de Huasco, la paz del agua se vuelve rápido compás de jiga en nuestro corazón.

Manuel Rojas cree que:

"Chañaral es la casa sin sangre de la desolación" (*).

Al Mar de Coquimbo, nunca dejaremos de percibirlo, en la memoria, bajo un atardecido soplo de tragedias.

Y, de súbito: ¡el Mar de Valparaíso! ¡El Mar de "Pancho"!

Valparaíso desenvuelve un mar que no acertamos a definir, si, como la prolongación del alma de sus habitantes; o, si como el inicio de esta alma, que reserva sorpresas de acordeón, de pañuelo nostálgico y de proa ensortijada en latitudes, meridianos y canciones:

(*) "Chañaral".

"En esta playa muere la ola de la música" (*).

¡Mar de Valparaíso, redondel de lucha donde las bravezas rugen; mar cuyas noches contienen fantasmas de veleiros y naufragios que murmuran sus dolores!

Al escribir: "Mar de Valparaíso", saltan al papel letras endemoniadas y organizan un mapa de azar y de romance: Plaza Echaurren, Bar "Roland", Hotel "La Marina". Subida de la Calaguala, Cajillas, Clave, "Los Siete Espejos"...

¿A qué huele el Mar de San Antonio? A corazón de pescadores. Y el Mar de Constitución trae al Maule, de la mano, hasta zambullirlo en su eternidad.

Si jugueteásemos con temas literarios, afirmaríamos que el Maule es el Mar de la Literatura Chilena, agua en cuyo fragor navegan los barcos de papel impreso de Mariano Latorre, de Jorge González Bastías y de Carlos Acuña, seguidos por los "Faluchos" de Leoncio Guerrero.

El Mar de Talcahuano rueda en quejumbres de arboladuras quebradas. El Mar de Niebla se distiende en herraduras de sombras. Y el Mar de los Canales, donde la lidia de los cutters araña los peligros, donde los "loberos" vuelcan su corazón a ras de la aventura, es peinado por la fantasía chilota:

"Isla donde las rocas
fingen amorosos pedestales
para que los pingüinos
y los pájaros del mar, esos que

llenan la costa de gritos
destemplados,
posen sus estaturas" (*).

En medio de una S. de azufre, corta las aguas el Barco del Arte, el tremendo "Caleuche", raspa la noche y los espectros que lo tripulan juran por las estrellas, y cuando se les acaba el mar, siguen, aguerridos, navegando cielo arriba... ¡en busca del Infierno! Y en la soledad antártica, el Mar de Chile se dobla en abandonos, dándose de cabezazos contra el muro de los grandes misterios polares.

Chile es su mar. Y los chilenos debemos al mar y a sus hijos, la pureza que nos define, como sedientos de todos los océanos, santa curiosidad de bebernos el claror de las sabidurías que se mecen en el Mar de los mares, esto es, en la vida misma!

Chile, recia república de apires, de carrilanos, de peones, de labriegos, de cateadores, de baquianos, de obreros de la construcción, de ferroviarios, más que república de esos, es de estos que azulan la cuartilla: pescadores, balleneros, matadores de tiburones, mariscadores, loberos, fleteros, ¡marineros!

Chile es un plato de sopa-matinería servido a la mesa de Dios.

Por encima de su donaire, nuestros "managuás" batcan al sencillo hombre de mar en su creadora tarea, en su nobilísima tarea de trabajador que se equilibra en inmensidades: la de su vida y la del océano. Este es el chileno esencial, sazonado cada día, por las sales de nuestro mar, bravo y fértil.

(*) Salvador Reyes, "Valparaíso".

(*) Luis Enrique Délano, "Chiloé"

